

Anticlímax

JOSÉ ANTONIO GURREA C.

“ No es que muera de amor, muero de ti / muero de ti, amor, de amor de ti /de urgencia mía de mi piel de ti /de mi alma de ti y de mi boca /y del insoportable que yo soy sin ti...” La chica entornaba los ojos emocionada, mientras Magoo sentado a su lado le declamaba el conocido poema de Sabines casi al oído. Farsante incorregible, Nicandro Carrillo, mejor conocido como Magoo, se aprovechaba de la ignorancia de las féminas a las que abordaba para hacerles creer no sólo que las rimas declamadas eran de su autoría, sino que las había compuesto especialmente para ellas. “¿Para mí?!” “¿De veras?!” exclamaban las chicas entre incrédulas y alteradas. Magoo asentía con la cabeza, tomaba a sus víctimas de la barbilla y las besaba en la boca. A esas alturas, eran pocas las que se resistían.

Sabines, Benedetti, Pacheco, Paz y Neruda, entre otros, eran impunemente plagiados por este pirata que navegaba por los mares de las colonias San Juanico, El Triunfo, El Sifón y anexas. En un país donde la gente lee 1.5 libros al año, y no precisamente de poesía, ni quien se diera cuenta.

Contrariamente a lo que podría pensarse Magoo no era un hombre culto. En su vida jamás había ingresado a una librería o comprado una obra literaria. Su bagaje libresco se encontraba conformado por los textos de primaria y secundaria. Su interés por los vates surgió durante una sesión de poesía que se llevó a cabo en el departamento de Tadeo, a quien él consideraba su mejor amigo. Nicandro observó la reacción de arrobamiento que provocaba entre algunas damas la lectura de algunos versos de amor y desamor. Cuando tocó el turno a un poema de Miguel Hernández (Menos tu vientre, todo es confuso. /Menos tu vientre, todo es futuro fugaz, pasado baldío, turbio...) se estremeció cuando notó que más de una asistente tenía los ojos semicerrados, la cabeza inclinada, la boca

entreabierta. “Es como si se estuvieran viniendo”, pensó rústicamente. Con un poco de cultura, seguramente le hubiera venido a la cabeza el Éxtasis de Santa Teresa, la conocida escultura de Gian Lorenzo Bernini, ubicada en una iglesia de Roma. Sin embargo, cuando escuchaba hablar de la capital de Italia, lo único que Magoo visualizaba era la fachada de “La hija de los apaches”, la pulquería establecida en las calles de Cuauhtémoc y Puebla.

Aún así, esa noche Magoo vislumbró la utilidad que la poesía podía tener para poder hacer sus amarres sexuales y sentimentales. Y el que pensaba que los libros eran una aburrida “perdedera de tiempo”. ¡Qué equivocado estaba! A partir del día siguiente, aprovechó que Tadeo tenía una enorme biblioteca y comenzó a fotocopiar algunas obras de poesía, de donde escogía las rimas que luego memorizaba y hacía pasar como suyas entre las féminas de su barrio. Nunca se acercaba con esos propósitos a las chicas que asistían a las reuniones que organizaba Tadeo en su departamento de la Condesa. Las veía distantes, le intimidaban, bien sabía que con ellas sus patrañas no fragarían. Envidiaba por eso a Tadeo, quien frecuentemente se llevaba a la cama a una u otra.

Típico güerito de rancho, legado genético por parte de una madre jalisciense, Magoo había heredado del padre, indígena mexiquense, la nariz ancha y aplastada y los ojos pequeños como rendijas. De Mr. Magoo, el famoso personaje de Pete Burness, no sólo tenía los ojos, sino también la miopía extrema. Ay de él, si llegaba a perder los anteojos, pues no veía más que sombras. De ahí el acertado mote de Alcántara, el compañero de la secundaria a quien se debía el apodo. Sin embargo, aquel opinaba, entre risas, que Nicandro era tan poca cosa que no alcanzaba el “Mr”, por eso lo bautizó simplemente como Magoo.

A los actuales amigos de Tadeo les resultaba extraño que éste y Nicandro, quienes se conocieron precisamente en esa etapa escolar, continuaran siendo camaradas. Sin embargo, a cada cuestionamiento Tadeo daba a entender, implícitamente, que en el fondo era sólo un asunto de nostalgia, pues siempre se remitía a los días en los cuales las ocurrencias, fanfarronearías y frecuentes mentiras de Magoo le causaban asombro, fascinación e hilaridad y aun orgullo.

Por ejemplo, Tadeo aún recordaba de vez en cuando las carcajadas de ambos amigos cuando para matar clases, a Magoo se le ocurrió hablar de la esquina de la secundaria para anunciar, con impostada voz, que “una bomba había sido colocada en un estratégico punto” del plantel. Tras la estampida generalizada y la suspensión de clases, ese día Nicandro y sus amigos acabaron en la ciudad deportiva de la Magdalena Mixhuca jugando una cascarita de fútbol.

O aquella otra anécdota, sucedida pocos años más adelante, cuando Magoo hizo destrozo y medio en la habitación de un hotel de calzada de Tlalpan, todo porque el ligue conseguido en una fiesta de 15 años desistió de tener relaciones sexuales en el último momento. Cuando Tadeo, quien se encontraba en una habitación cercana, entró en la pieza de Magoo y encontró como paisaje después de la batalla almohadas y cobijas en el suelo, sábanas semiquemadas; además, de rastros de orines y semen en espejo y tocador (la arrepentida había puesto pies en polvorosa apenas iniciaron los estropicios), no pudo menos que festejar a su camarada: “Cabrón, hasta pareces rocker de línea dura en plena gira”.

Ese tipo de anécdotas y aventuras, de las cuales había muchas, fascinaban a Tadeo. Por aquel entonces le hubiera gustado cantarle aquella canción del buen Serrat sobre los “amigos atorrantes y sinvergüenzas que palpan a las damas el trasero”. Sin embargo, ya en aquellos tiempos la brecha cultural era enorme, pues los horizontes musicales de Magoo se circunscribían a Leonardo Favio y Roberto Jordán.

Años después la brecha se convirtió en barranca. Mientras Tadeo había realizado un par de postgrados en el extranjero y se había convertido en el principal especialista mexicano en literatura histórica, Nicandro era un sujeto de burdos modales, limitado lenguaje, sin la mínima cultura y sensibilidad. Un auténtico palurdo, cuyos principales temas de conversación eran los “cojines”, los carros y la “peda”. Era como un sempiterno adolescente.

Proveniente de una familia numerosa en integrantes, pero escasa en recursos económicos, Magoo y sus 15 hermanos pasaron la infancia y adolescencia hacinados en las dos minúsculas habitaciones que el padre, operador de autobús foráneo, había podido construir en una colonia de Iztacalco.

Quizá para llenar las carencias de aquella etapa, Magoo empezó a mentir desde temprana edad. Fanfarroneaba –con extraños, pues los propios lo conocían muy bien– de ligues que sólo habían existido en su imaginación; presumía como suyos los carros prestados por hermanos mayores o amigos; se vanagloriaba de una carrera que ni siquiera comenzó (se colgó el título de “psicólogo”), y para poder jactarse de un dinero que no poseía, se endrogaba con tarjetas de crédito como si fueran apéndices de su triste salario como burócrata. Lo de los poemas vendría un poco después, cuando comenzó a asistir a las reuniones de Tadeo ante la insistencia de éste.

Sin embargo, muy pronto Magoo hizo cortocircuito con los nuevos amigos de Tadeo, casi todos provenientes de su etapa universitaria en la carrera de letras de la UNAM o de su trabajo como investigador y académico en la misma universidad.

Preso de sus evidentes limitaciones no se daba cuenta bien a bien de su ignorancia supina. Tímido al principio, una vez que ganó confianza quería intervenir en todas las conversaciones, provocando, primero, desconcierto, después, la burla y el desdén colectivo, al final, profundo fastidio. Por ejemplo, Nicandro comenzaba a hablar con toda seriedad de las Chivas o del América cuando en una reunión se analizaba la obra de Martín Luis Guzmán, o demandaba que quitaran esa música “para funerales” (casi siempre jazz, blues, rock o nueva trova cubana) para poner “algo movidito o en español. ¡Chale!, a poco le entienden a esas mafufadas”.

Tras la cuarta o quinta reunión a la cual Magoo asistió, los amigos de Tadeo comenzaron a exigirle a éste que ya no invitara a su amigo. Molestos, varios de ellos lo citaron en un restaurante donde hicieron un listado con algunas de las impertinencias del sujeto de marras.

La prima y Mascareño recordaron con disgusto cuando, apenas hacía un mes, Magoo se entrometió en su narración sobre la

odisea que tuvieron que pasar para conseguir el par de boletos para el concierto de homenaje a Joy Division que una estación de radio regalaba. Estaban precisamente en lo más apasionante de la plática, cuando de pronto Magoo, quien se había mantenido al margen, asomó su cabeza y escupió anticlimático: ¡¡¿John Deivison (sic)?!... ¡¡puta madre!!... ¡¡en su casa los conocen!!

Mendel Fragas, melómano duro y avezado, intervino para recordar la reunión donde se encontraba presumiendo las joyitas discográficas que había traído de un reciente viaje a Nueva York y Europa, cuando en ese justo momento el Magoo vomitó: “Uy, te vieron la jeta, güey... esas chingaderas las he visto en el metro Balderas a 20 varos”, tras lo cual lanzó una sonora carcajada.

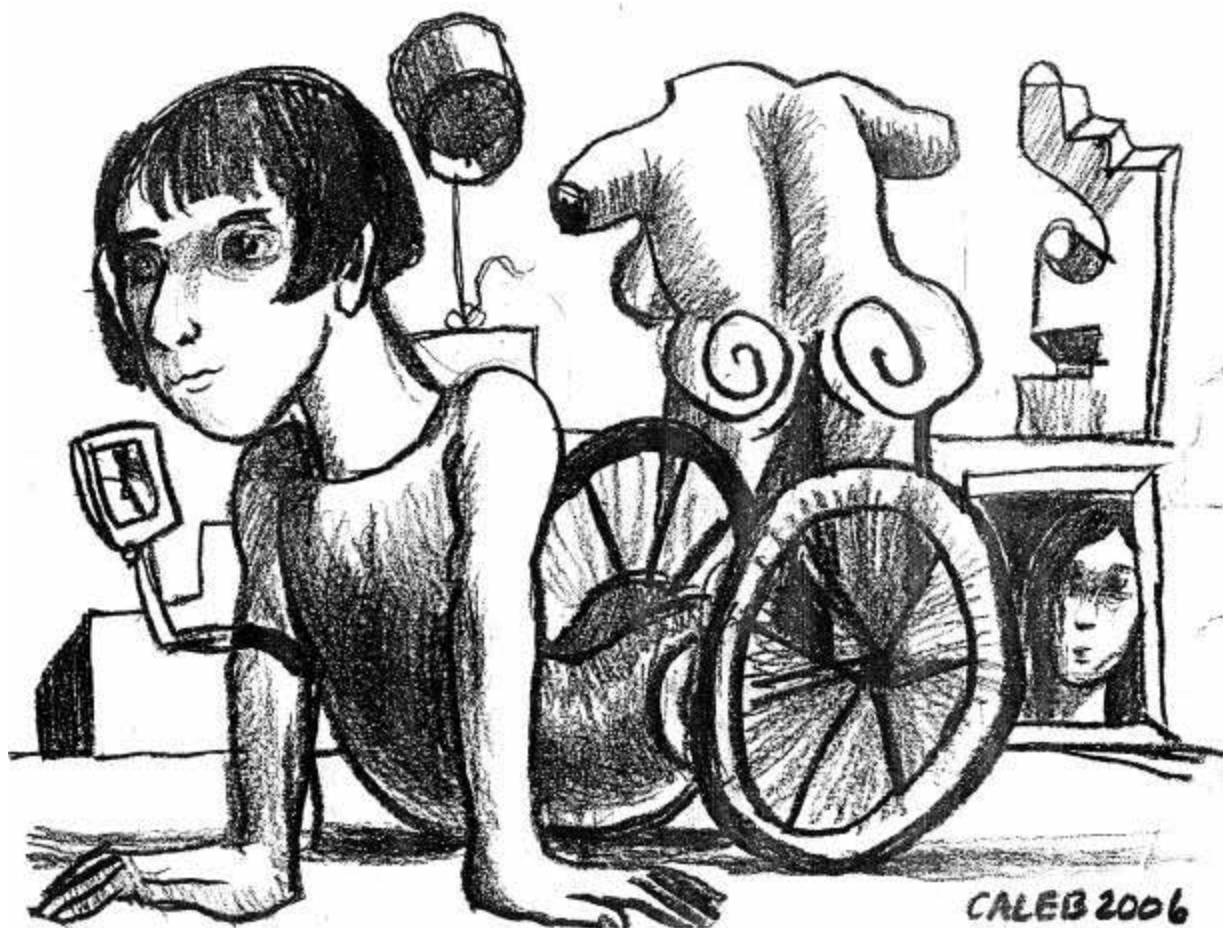
Andoni mencionó la vez en que él y el rojo Villa hacían una exposición sobre la obra del cineasta David Cronenberg, y justo cuando hablaban del esquizofrénico personaje de Spider, Nicandro surgió quién sabe de donde para esputar: ¡¡“Me cae

que las mejores escenas son cuando Peter Parker se agarra a chingadazos con El duende verde!!”

Larrache Espejel recordó enfadada cuando ella y Chavita inhalaban unas rayas, y Magoo, tambaleante, pues se encontraba totalmente intoxicado con alcohol, exclamó escandalizado poco antes de vomitar en plena sala: “¡¡No mamen, pinches drogadictos!!”

Tadeo prometió hablar con Magoo y advertirle que si continuaba con sus jaladas jamás volvería a ser invitado. No obstante no sólo seguía apareciendo en las reuniones de los viernes, sino que sus insolencias eran cada vez más desfachatadas. Finalmente, Tadeo había hecho caso omiso de la exigencia de sus amigos.

¿Qué motivaba a Tadeo a actuar así? En el fondo, y eso a nadie se lo había externado ni lo haría, le había insistido a Magoo que acudiera a las reuniones para sentirse superior, para poderlo humillar implícitamente. Por supuesto, no sólo se trataba de constatar los progresos propios, también se encon-



CALEB 2006

Alejandro Caballero

traba una profunda herida que no cicatrizaba. Tadeo lo llegó a admirar, pero a la vez no podía olvidar la manera en que durante la época de secundaria y preparatoria, Magoo, más rollero y extrovertido, se había ligado a varias compañeras a pesar de saber perfectamente que Tadeo tenía interés en ellas. ¡¡Cómo gozaba el hijo de puta con cada conquista!! ¡¡Cómo se lucía y regodeaba con las chicas que él, por miedo y timidez, no se había atrevido a conquistar!! ¡¡Qué pavor le tenía a las mujeres. De qué manera lo habían jodido esos seis años en una primaria donde todo el alumnado era del sexo masculino!! Sin embargo, en lugar de ayudarlo Nicandro se encargaba, con su actitud, de restregarle en la cara todos esos pesados traumas.

Tadeo disfrutaba hoy su revancha. Por Magoo ya no había ni pizca de asombro o fascinación, tampoco misericordia, sino únicamente desdén, desprecio y rencor. Al que le tocaba lucirse ahora era a él. ¡Qué Nicandro reventara de envidia!

Cómo lamentó, por eso, tener que dar marcha atrás cuando en el transcurso de las semanas sus amigos continuaron con las presiones. Más todavía, el grupo comenzó a desertar, y eso para el ego de Tadeo sí que era preocupante. Decidió, pues, tomar cartas en el asunto. No se atrevió, sin embargo, a encarar a Magoo. Por ello, tomó el teléfono y marcó a su casa.

-Magoo... tengo que hablar contigo...

-Uy, güey, desde que eres un pinche burgués te has vuelto demasiado ceremonioso..

Como respuesta, Tadeo rió forzosamente e inició su perorata: "Carnal, no lo tomes a mal pero mis amigos están muy encabronados contigo... Te quiero... pedir un favor..."

Era evidente que Nicandro esperaba el madrazo, pues no sólo no se sorprendió, sino que además pasó a la ofensiva e interrumpió a Tadeo: "Tú y tus mamones amigos se pueden ir a la chingada... yo ni quería venir a tus ojetas y aburridas reuniones... Fuiste tú el que insiste..."

-Cabrón, no lo tomes así... Tadeo no pudo terminar la frase, pues Nicandro colgó tras exclamar un rotundo: "A la chingada, pinche bola de culeros".

Gradualmente, no sólo los amigos regresaron, también la atmósfera de las reuniones mejoró casi como en los primeros tiempos. Sin embargo, cuando hacia ya casi medio año que había dejado de ser el objeto del desdén colectivo, Magoo reapareció sin previo aviso en una reunión donde el grupo anali-

zaba la obra de Rulfo con motivo de uno más de sus aniversarios luctuosos.

Visiblemente borracho, Magoo no saludó a nadie y se enfiló de inmediato a donde se encontraban los tragos. Se sirvió una generosa ración de ron y fue a sentarse en un rincón de la sala, donde permaneció callado. Aunque entre los convidados surgió la incomodidad, el prolongado mutis de Nicandro tranquilizó a medias a casi todos. Sin embargo, 25 minutos y cuatro vasos roneros más tarde, levantó la mano para solicitar una intervención. De inmediato, se hizo un absoluto silencio. Entre el desconcierto y la expectación nadie atinó a cederle la palabra. No importó. Con la voz pastosa como consecuencia del alcohol ingerido, Magoo inició un breve soliloquio en el cual señaló que Rulfo era uno de sus autores favoritos. "Aunque ustedes no lo crean he leído todos sus libros..." Los presentes se miraron. En sus rostros había una mezcla de risa contenida y pena ajena.

-¿A poco tienes los 20 tomos con la obra completa de Rulfo? Con saña, Labori aventó el cuatro, mientras fingía sorpresa..

Magoo cayó redondito. Farsante como siempre, dijo que sí sin titubear y lanzó, retador, un dardo que pretendió ser venenoso: "¿Qué, putos, nomás ustedes pueden leer"? Luego, para atemperar el topetazo, añadió con falsa modestia: "Aunque he de reconocer que sólo he leído 18..."

El grupo no pudo contenerse y estalló, como si fuera un sólo cuerpo, en una carcajada larga, intensa, de desahogo, como queriendo tomar revancha por todas las patéticas y descaradas intromisiones de Magoo, quien entre la incultura y la embriaguez no entendía con certeza lo que sucedía. Impactado, no supo qué hacer. En su pasmo sólo atinó a buscar el rostro de Tadeo. Era el único que no reía. Por el contrario, lo observaba con odio, con desprecio. Nicandro tembló. En las dos décadas de relación nunca lo había visto así, sin máscaras. Pese a los límites de su conciencia y a la borrachera, que venía de bajada, supo de inmediato que ésta sí sería la última vez que pisaba el departamento de la Condesa. No, por supuesto, no lamentaba perder la amistad de Tadeo. Hacía mucho tiempo que su ex amigo, y esa mirada lo demostraba, lo había cambiado por todos esos ojetas de gustos "raros". Sí deploró, en cambio, no haber terminado de fotocopiar todos los libros de poesía que éste tenía en su biblioteca. ■